



Vivian Gornick “El amor es insuficiente”

Pionera y maestra del ensayo personal, la escritora y crítica se curtió en las filas de la segunda ola del feminismo y volcó su talento en las potentes memorias *Apegos feroces*, al fin en español

POR ANDREA AGUILAR

Sostiene Vivian Gornick (Nueva York, 1935) que “toda obra literaria contiene tanto una situación como una historia”. En un texto sobre el ensayo personal explica que la *situación* es el contexto o circunstancia, a veces incluso la trama; mientras que la *historia* es la experiencia emocional que preocupa al autor, es decir, “lo que uno ha venido a contar”. Ella

llegó en 1969 a la redacción de *The Village Voice* dispuesta a narrar las sacudidas del feminismo radical. Su *nuevo periodismo* hablaba desde las barricadas del movimiento y, con atinada puntería, trasladó esa visión a la crítica literaria. Aquello forma parte, irremediablemente, del ADN de esta autora, una de las voces más destacadas de la segunda ola de feminismo de EE UU.

Gornick, sentada una mañana de mayo en el despejado salón de su piso del West Village donde su gato dormita, cuenta que en aquella revolución cultural se encuentra el germen de *Apegos feroces* (Sexto Piso). “El movimiento feminista de los años setenta ejerció una gran influencia. Nos llevó a miles de mujeres a pensar cómo nos habíamos convertido en lo que éramos, y aquello nos condujo inmediatamente a nuestras madres. Fuimos las primeras en emprender esa búsqueda existencial y analítica”. El libro, que ahora se publica en español, salió en Estados Unidos en 1986 y pronto fue considerado un clásico que convirtió a su autora en maestra de un género cuya influencia y popularidad hoy están fuera de duda. En sus páginas, Gornick reconstruye con potente crudeza

su infancia en un bloque judío en el Bronx, junto a dos viudas: su madre, cuya temprana pérdida de su esposo la sume en un interminable duelo, y la desamparante vecina pelirroja Nettie, que al quedarse sola toma el camino contrario y encuentra en el sexo su poder. Los recuerdos se intercalan con las furiosas discusiones que Gornick y su progenitora mantienen en sus paseos por Manhattan, con la fuerza, la rabia y el feroz amor con el que una madre y una hija pueden hablarse.

Gornick viste de negro. Destaca su mirada inquieta de inmensos ojos azules que tienen algo de travieso, como su risa rotunda y recurrente. Advierte que un amigo, de visita esos días en la ciudad, se unirá a la conversación. “Me había olvidado completamente de ti”, dice, y suelta una carcajada.

PREGUNTA. ¿Cómo arrancó *Apegos feroces*?

RESPUESTA. Vi la relación con mi madre como algo metafórico. Era literatura, algo de lo que escribir. Creo que fui la primera, desde luego en Nueva York, en intentar hacerlo. Buscar lo misterioso en lo familiar es de lo que trata la escritura. Lo cotidiano se volvió para mí en algo muy excitante. Al principio pensé que escribía una historia bastante directa sobre mi madre y yo y Nettie. Luego entendí que tenía muchos asuntos pendientes y no podía contar el pasado desde el futuro, me atasqué. Un día mi madre me contó algo que le había ocurrido en la calle, al colgar me di cuenta de que quería incluirlo. Ahí encontré la estructura, la idea de intercalar pasado y presente. Esas dos parejas, la mujer joven con su hija y la mujer mayor con su hija adulta, se encontraron.

P. ¿Fue la clave?

R. Durante mucho tiempo no sabía qué era exactamente lo que estaba escribiendo. Realmente de lo que trata el libro es de que no podía dejar a mi madre, porque yo me había convertido en mi madre.

P. ¿Era el feminismo lo que marcaba el rumbo?

R. En la última escena estoy con mi madre y me dice: “¿Por qué no te vas? Nada te detiene”. Yo estoy medio fuera y medio dentro en el marco de la puerta. Lo escribí tal y como pasó y entendí que esa era la escena que iba a tratar de ganarme: iba a escribir para que ese intercambio quedase dramatizado. Nunca dejé de pensar que todo iba dirigido a exponer esa verdad: medio dentro, medio fuera; no puedo irme, no puedo quedarme. Cambié la manera en que se encajaba la trama.

P. ¿Dejó mucho fuera?

R. Lo más complicado fue ser sucinta con el pasado. Los paseos eran fáciles, son como historias cortas. La gran escritora de quien he aprendido más es Natalia Ginzburg, ella me enseñó a respetar la idea de la escritura compacta. Es difícil decidir qué dejar fuera. Pero hay que contar la historia de la forma más destilada posible, porque ahí reside su fuerza.

P. Su hermano apenas aparece.

R. Es una historia de mujeres con mujeres. No pensaba meter a ningún hombre. En un momento dado, mi editor me dijo: “Ahora tienes que casarte”. Y yo: “¿Casarme? No pienso”. Pero acabé metiéndolo. De hecho había tenido dos matrimonios, pero mi madre me pidió que sólo contara uno.

P. ¿Su madre sabía que estaba escribiendo ese libro?

R. Sí, y no estaba contenta. Pero no rompí conmigo.

P. Ha hablado con frecuencia de las dudas que plagan su mundo. En *Apegos*, frente a su madre se desvanece, solo hay certezas.

R. Ella estaba llena de dudas y yo también, pero juntas... En su presencia yo sabía quién era.

P. ¿Cómo reaccionó al libro?

R. Fui muy sincera desde el principio. Se quedó muy sorprendida, no lo comprendía. Periódicamente se enfadaba y me decía: “¿Ahora vas a escribir esto para que todo el mundo sepa que me odias?”. Me dejaba paralizada, no podía escribir, pero pasaba el tiempo y volvíamos a lo de siempre, y yo recuperaba el sentido de lo que estaba haciendo. Me ayudó saber que no escribía para despedazarla, acusarla o convertirme en una víctima. Narraba verdades duras, pero sabía que le iba a dar todo lo que ella tenía, su sabiduría, calidez, y también lo malo. Cuando el libro se publicó se enganchó a la fama e iba por Nueva York firmándolo.

P. ¿Le gustó?

R. Era como una niña, cambiaba de opinión constantemente. Me decía que había contado la verdad y, al día siguiente, me acusaba de ponerla en ridículo. Pero estaba orgullosa.

P. ¿Fue mucha presión saber que podía herirla?

R. Los alumnos siempre preguntan cómo se escribe sobre los que están vivos. No hay una única respuesta. O te sientes empujado a hacerlo porque sientes la necesidad o no. Si es tan doloroso y tienes tanto miedo, no lo hagas. Porque una vez hecho, ¿qué puedo decir? La gente sobre la que has escrito tiene que vivir con ello.

P. ¿Dónde está hoy el feminismo?

R. Mi generación fue la revolucionaria. Teníamos una excitación, entusiasmo y energía extraordinarios. La inteligencia de quienes ponen nombre a las cosas. Éramos las anarquistas, que queríamos cargar contra todo: la familia, los hijos, todo. Después llegó el trabajo duro, el cambio social. Hemos logrado mucho, pero cambiar el *hubris* lleva tiempo. De alguna manera hemos hecho la revolución, pero las cosas no terminan hasta que se acaban.

David, el amigo que Gornick esperaba, se ha sumado a la conversación sentado en una butaca frente a la escritora con gorra de béisbol. Ella explica que él es más joven y conoce todas sus historias. Él bromea y dice que Gornick habla igual con amigos y con entrevistadores. La escritora compara los avances del feminismo con la lenta asimilación de los judíos.

P. Defiende en *Apegos* que el amor no le vuelve a uno más fuerte.

R. David, ¿puedes contestar? Mira, nos dijeron que el principio rector era el amor y no fue así. Yo y muchos otros llegamos a la conclusión de que el amor es necesario pero insuficiente para tener una vida, para entender quién eres.

P. En *The End of the Novel of Love*, declara que el amor ha perdido su fuerza dramática.

R. No se puede usar como metáfora, porque todos tenemos tanta experiencia que no podemos creer que el amor sea la salvación.

P. ¿Y cuál es la metáfora hoy?

R. Ese lugar lo ocupó la naturaleza, luego la religión y más adelante el amor. Mi conclusión es que hoy está vacío. Todo lo que puedo hacer es ser la anarquista que dice: esto no es.

Apegos feroces, Vivian Gornick.

Traducción de Daniel Ramos Sánchez.

Sexto Piso, 2017. 224 páginas. 19,90 euros.

“Éramos las anarquistas que queríamos cargar contra todo: la familia, los hijos, todo. Después llegó el trabajo duro, el cambio social”

“Vi la relación con mi madre como algo metafórico: era literatura. Encontrar lo misterioso en lo familiar es de lo que trata la escritura”

La escritora estadounidense Vivian Gornick, en un retrato realizado en 2015. MITCH BACH